

HIPOLITO UNANUE

VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

La reunión de los estudiantes peruanos alrededor de la estatua de Hipólito Unánue es la forma más sencilla y más emocionante de celebrar el bicentenario del nacimiento de la personalidad representativa del Perú en la Emancipación. Bajo el signo de la Patria que él soñó y contribuyó más que ningún peruano a forjar, se entabla esta mañana un diálogo inefable: brota del mármol mudo un mensaje de sabiduría, cultivada en larga y gloriosa carrera, de férvida adhesión a la prestancia de nuestra tierra, de culto de la unidad y de la soberanía nacionales, de amor a la juventud y por fin, de fe cristiana, que acompañó al prócer en todos los avatares de su ardua y heroica existencia, y que alumbró la dulce melancolía de su retiro y el sueño de su muerte. Responde a este mensaje la espontánea vibración de vuestros corazones. Debería yo escuchar con callada reverencia y contenida emoción este coloquio entre el espíritu del héroe redivivo y las almas juveniles prontas a jurar en este histórico sitio fidelidad a las enseñanzas del maestro, refrendadas por la nobleza insuperable de su vida. Permitid que mis labios repitan estas sinceras y hondas palabras de Unánue: "En sesentiseis años de edad he consagrado cuarenticinco a enseñar a la juventud, he promovido establecimientos para su educación, he publicado obras y contribuído con mi pluma a cuantos periódicos se principiaron a dar a luz en 1791, época brillante de la literatura peruana. Sólo siento que la vida me sea corta para continuar mis trabajos y al mismo tiempo defender a mi Patria".

Unánue, de acuerdo con su admirable confesión, fué maestro en toda su carrera; maestro en el hogar propio y en otros hogares, maestro en la cátedra universitaria, maestro en el periodismo, maestro en la tribuna del Congreso, maestro, por fin, por la línea ascendente y pura de su fecunda existencia ¡Qué mejor ejemplo para vosotros que la del

joven Unánue, nacido en pobre y limpio hogar, y que por su amor al saber y por su carácter, llega a las más altas posiciones del Virreinato y se destaca en la epifanía de nuestra libertad! No se puede imitar lo que hay de genial en la vida de un hombre superior, porque es un don de Dios. Pero sí cabe hacerlo del esfuerzo, la perseverancia en el trabajo, el afán de ascender por el camino recto sin urgencias ni atropellos, conservando la luz perenne de un ideal y la fuerza misteriosa de una fe. Tal es el mensaje de Unánue que vosotros habéis recibido; tal la vida de Unánue, que vosotros debéis imitar.

Unánue domina la evolución reformista del siglo XVIII y preside con todo su prestigio intelectual y autoridad moral el establecimiento de la nacionalidad a principios del siglo XIX. Para ocupar un puesto en el panteón peruano habríale bastado el papel único que desempeñó en los últimos días coloniales. No conozco una figura más completa y más preclara, en este interesante período en toda la América hispana, reformismo que es tanto o más que las acciones guerreras el origen de nuestra nacionalidad.

Casi todos los reformistas tuvieron cultura humanista, agregaron algunos el cultivo de las ciencias sociales y pocos, las de la Naturaleza. Ninguno --podemos decirlo con orgullo patrio-- presenta el ejemplo extraordinario de un sabio integral como lo fué Unánue. A semejanza de Peralta, dentro de las modalidades de su tiempo, es un caso magnífico de universalidad; corresponde así a lo mejor de la tradición peruana: su sentido ecuménico. Junió a la educación clásica, que revela en sus acertadas citas y sugestivos lemas, el amor a la ciencia experimental, la compenetración con la naturaleza y el ambiente sobre el cual haría originales observaciones. Llevó este mismo sentido realista a la vida social, a la administración y a la política. Humanismo auténtico y realismo intuitivo, acierto y nobleza en la expresión: tales son los perfiles de Unánue. De todos los americanos de su época es quien mejor merece el paralelo con Jovellanos. En éste los dones literarios y el espíritu tradicional se juntaron al impulso de progreso y de reforma y la indeclinable dignidad personal hasta el sacrificio, a una fe religiosa impoluta y constante. Unánue fué así un Jovellanos que hubiera reemplazado la imaginación del poeta y del dramaturgo por el saber científico de Humboldt. Idéntica patricia serenidad, el mismo adunar la tradición y el ansia de reformas, semejante sentido de la continuidad, la misma llama en la vida interior y paralela dignidad en la palabra y en la actitud.

Todo lo que hay de noble, creador y fecundo en los últimos días coloniales lleva la gloriosa huella del espíritu de Unánue. Los estudios médicos, por la fundación del Anfiteatro Anatómico y el Colegio de San Fernando, los de geografía y economía nacionales, en los trabajos de la Sociedad de Amantes del País, el cultivo y difusión del conocimiento del Perú, la pasión por el Perú, en el "Mercurio Peruano" la descripción y propaganda de nuestra realidad en sus famosas "Guías", en las Memorias del Virrey Gil y Lemos y en tantos memorables ensayos y discursos ocasionales. Puede decirse sin exageración que Unánue fué el pensamiento y el verbo de la etapa reformista del Perú, que tuvo tan decisiva influencia en los destinos del continente.

En Unánue había una hermosa conjunción de ciencia pura y ciencia aplicada, de la cultura absolutamente desinteresada y del servicio cívico. El saber por el saber nos eleva a Dios y no desciende, sino que se afirma y retorna a su origen, al ponerse al servicio del hombre. Amar la Naturaleza como obra de Dios y conocerlo a través de ella, cumplir el divino designio de aplicar la ciencia en beneficio de la sociedad, empeñarse en prolongar hacia ésta el orden admirable de la naturaleza, aceptando sólo las jerarquías necesarias para hacer más justa la distribución de los bienes que aquélla nos ofrece y los que crea el trabajo humano: tales fueron el programa y la obra de Unánue.

Nunca la soledad del gabinete y la absorción del sabio fueron para Unánue una torre de marfil. Salió de aquellos para iluminar, aconsejar, ayudar y ser útil, en una palabra. Fué por eso el más ilustrado, el más generoso, el más alerta de los servidores del Estado al final de la dominación española y lo fué con insuperable eficacia, por reunir las dos grandes cualidades del estadista y del intelectual: la posesión de una cultura general y un hondo amor a la tierra. Este es el rasgo quizás más simpático de la figura de Unánue: su sentimiento nacionalista, su profundo enraizamiento en el sacro suelo patrio. El alma de Unánue unió su universalismo al estudio —diríamos la obsesión— de los temas nacionales y a la permanencia en el propio hogar. No tuvo veleidades desarraigantes, frecuentes en algunos de los andariegos reformistas de América en el siglo XVIII. Vió en la adhesión a la tierra como un designio providencial: su sabiduría fué así, como el alma peruana, la unión de la cultura occidental y cristiana con la visión amorosa, vivida y profunda, de la realidad del Perú; paisaje y tradiciones, escenarios y personas, naturaleza e historia se fundieron en Unánue como están fundidos en el alma peruana.

Evoquemos su admirable intuición de los inicios recónditos de la personalidad del Perú, de su seguro y lento despertar y de su triunfal

eclosión. Unimismado con el espíritu patrio podría decirse que es el genial descubridor de la persona del Perú. ¿Habría podido resignarse y adaptarse a la sujeción indefinida de esta entidad moral, descubierta, delineada en cierto modo por él modelada? No por cierto. Tarea cautivante sería la de seguir en los escritos de Unánue los atisbos de la nacionalidad que surge y se afirma y se aproxima a la anhelada madurez. Unánue contempla este proceso con ternura paterna, siguiendo su ritmo. Sabe mejor que nadie que la libertad no se deriva del instinto sino que es fruto de la cultura y del esfuerzo. Advertirá en los sucesos de Europa a principios del siglo XIX la ocasión de la autonomía inevitable, pidiendo con elocuencia superior a la de todos sus contemporáneos, la igualdad de derechos entre americanos y españoles. Su alma generosa acariciar; la ilusión doceañista, observará prudente espera en la temida e injusta reacción; y con una comprensión del movimiento en que no podía participar en su fase violenta ni por sus años ni por su posición, pero que sí vió en sus consecuencias, colaboró honradamente en la idea de los arreglos pacíficos con la convicción de que conducirían a la independencia. Fracasadados aquéllos, se adhiere a la idea de Patria, que estaba ya en su alma, con la misma sinceridad y lealtad con que la había servido en la inmediata etapa de su evolución. A ella ofrenda las energías admirables de su edad, renovada como la del águila y hecha como quería Platón, no de fuego sino de luz.

En medio de la trágica sucesión de nuestros ensayos políticos, urgidadas ambiciones, planes inconsecuentes proyectos frustrados y en un momento, claudicación institucional, hay algo que se destaca puro y constante: es el afán y el esfuerzo de Unánue, su fecundo sentido del trabajo, su identificación con los destinos del país. El lo ha expresado con espartana concisión: "Llamado al Ministerio de Hacienda en los días en que se proclamó en esta Capital la independencia de la Patria, identifiqué mi suerte con la suya. Ruinas, incendios, secuestros, emigraciones penosas, abandono de hijos, esposa y bienes, me primieron con sus desastres; su reparación me restituyó a mi hogar y a mis primeros empleos".

Hasta los mismos errores: plan monárquico, (utopía de la derecha); constitución vitalicia (utopía del jacobinismo desengañado), pasan como episodios a los que él, distante y sereno, no quiere negar la posibilidad del ensayo de conseguir el orden y la estabilidad, inasequibles entonces y tantos años después . . . Pero jamás se insinuó en su espíritu generoso la nefanda voluntad de poder que pesa como la maldición implícita originaria. El sólo tuvo anhelo de laborar, de ilustrar y

de corregir, acordándose de la frase evangélica: "El que quiera ser primero entre vosotros, debe ser el primero en servir". En una época de trastornos políticos, por nativa incipencia, agravados por influencias foráneas, tenía que emerger con su inevitable impureza —aún en los casos de acción heroica y genial— la voluntad de dominio. En la figura de Unánue sólo se destaca con modestia y dignidad ejemplar, su constante voluntad de servir. Y el estudio definitivo que se hiciera sobre él podría llevar este rubro significativo: Unánue o la voluntad de servir.

Si no hay obra de reformismo hispánico del siglo XVIII y comienzos del XIX que no lleve el sello de Unánue en nuestra Patria, no hay institución tutelar creada a raíz de la Independencia que no se origina en una inspiración de Unánue o no recibiera su apoyo decidido. Encarna en este período de inevitable violencia la sabiduría serena, siempre pronta y en prodigio de renovación. En medio al culto idolátrico de caudillos armipotentes, conservó la misma dignidad con que cautivó a virreyes y al mismo Rey. En afinidad de excelsitud comprendió el generoso ideal de San Martín y admiró el milagro de la obra de Bolívar, recibiendo de ellos, en reveladora coincidencia, reconocimiento y homenaje excepcionales. Tuvo en su función ministerial las dos virtudes de los consejeros verdaderamente responsables: la escrupulosidad estudiosa y la independencia moral. Supo en veces enmendar rumbos y corregir errores. Cabe, con criterio profesional, señalar una rectificación de Unánue que marca una etapa definitiva de la historia diplomática de América. En el proceso del Anfictionado americano basado en el ciego respeto de todas las soberanías, fervor centralista y nivelante, indujo al Ministro Heres en 1825 a incluir en las Instrucciones a nuestros Delegados al Congreso de Panamá el apoyo a los gobiernos legítimos abriendo así el camino a la intervención. Cuando Unánue asume la cartera de Relaciones Exteriores en 1826, lo primero que hace es rectificar ese rumbo equivocado, sentando este principio: "No se inferirán Vuestras Señorías en los negocios domésticos de los Estados ni menos en la organización interior de su gobierno, porque siendo el objeto de la reunión de la Asamblea ocuparse exclusivamente de los intereses generales de los confederados, no les compete entender en los particulares de la soberanía de cada uno si no comprometiesen la seguridad común".

Este principio se repite en los Congresos de Lima. Lo acogerá la Conferencia de Montevideo en 1933 y será una base esencial en la Organización de los Estados Americanos y en las Naciones Unidas. En

vísperas de despedirse de la vida política, Unánue nos deja este invaluable legado: la regla de la no-intervención, opuesta a la dominante entonces en Europa y que habría de triunfar un siglo después en el derecho universal.

Si Garcilaso es el puente entre el Incario y el Virreynato, proyectando sobre éste la nostálgica grandeza de aquél, Unánue encarna la continuidad entre el Virreinato y la República. El Perú no es la anatópica prolongación peninsular; no es tampoco la adustez vernácula, impenetrable e incomprensiva, que quiere afirmarse a espaldas del tiempo, irreversible y contra el sentido ecuménico de la vida. Si la peruanidad es la síntesis de la cultura humana en su expresión suprema, la cristiana, y el sentido de la tierra, la visión de lo propio, del hermoso alabastro nativo, nadie mejor que Unánue en esta época augural representa la síntesis viviente de esos dos elementos que constituyen el Perú.

Unánue atravesó la fragua de la acción y el vértigo del poder con un alma intocada; puro, pleno y fuerte, uniendo la sabiduría de sus múltiples experiencias al diálogo sin voces de la lectura de los autores amados, llegó a las playas augustas de la serenidad. Vejez luminosa, vuelta a los clásicos —nunca abandonados—; plácido retorno a la madre tierra; entrega a los afectos íntimos y a los dulces cuidados paternales; véspero que eleva su plegaria a aquella Asunta elegida y amada; largo crepúsculo en que arreboles de oro y púrpura anuncian la consagración de la gloria.

Ahí te llega mi humilde oración: Padre y maestro, pedimos que vuelvas tu mirada al Perú que tanto amaste y que hoy necesita como hace un siglo, de tu sabiduría y de tu abnegación. Inspira a esta juventud tu fervor humanista y tu ansia de saber; apártala de las tendencias desviadoras y desarraigantes, infundiéndole tu sentimiento de la tierra, tu hermosa visión de nuestra historia y la esperanza en nuestros destinos. Enséñale a defender con tu celo la integridad de la herencia que nos legaron nuestros abuelos y los territorios que liberaron nuestros padres. Tráenos la enseñanza de aquellos días que tú viviste, en que la ambición y la discordia frustraron la independencia, tan ufanamente proclamada. Cura nuestra incoherencia y nuestras divisiones con tu espíritu de armonía y con tu afán de unidad. Transmítenos tu preocupación por los desvalidos, por los enfermos y por los desheredados, y tu sublime cariño por la infancia. Renueva en nosotros la fe que acendró la vida de tu hogar, que puso un sentido de eternidad en tu amor a la Patria y que ilumina con luz perpetua tu inmortalidad.